

Concha Prada

Detalle

Cuatro fotografías color sobre aluminio
1994

Colección Fundación Coca-Cola

Fernando Vicente

Psicoanalista

Tantas cosas entran por la boca y salen de ella. Desde luego, lo más importante para nuestra existencia. Entra lo necesario para cubrir las necesidades de nuestra vida animal, como son los alimentos, y sale de ella, más bien por ella, a través del LENGUAJE, lo que nos diferencia y así nos constituye como sujetos únicos. A través de lo que el lenguaje expresa y es, al mismo tiempo, de nuestros deseos, que siempre debieran mantenernos en movimiento hacia un objeto que nunca nos satisface. No por no ser capaces de encontrarlo sino porque estructuralmente en lo humano NO EXISTE.



José María Guijarro

Sin título I

Acuarela sobre papel

1997

Colección Fundación Coca-Cola

Montserrat Rodríguez

Psicoanalista

La tarea de la vida consiste en hacer coexistir todas las repeticiones en un espacio donde se distribuye la diferencia. Deleuze

Voy a tratar de pensar la repetición y la diferencia con estas dos acuarelas de Guijarro, dos conjuntos similares formados por una serie de fragmentos que aparecen tan unificados como diferenciados por lo indecible del color y por lo netamente simbólico, los rectángulos, recortes de lo indecible que muestran la diferencia introduciendo una imagen, lo individual de color de cada recorte, huella del acto de formar. El acto de formar se diluye, como la misma acuarela, en el conjunto de rectángulos grises que por el hecho de estar reunidos hablan de la repetición y de la diferencia. No sería así si nos encontráramos con la dispersión.

Un color, el gris, y la infinitud de su presentación. No hay manera de nombrar precisamente la posibilidad de la presentación de un color, porque la presentación, en este caso sometida a la dilución del pigmento aglutinado, un negro, es infinita. Sin embargo, la presentación es evidentemente discreta: una de las acuarelas, en la uniformidad que la compone, presenta la división al delimitar en dos planos (dos tiempos o dos espacios) dos espectros de la dilución; la otra acuarela, aunque deja ver la posibilidad de la diferencia en su estructura (la reunión de fragmentos es común a las dos) no propone una división tan clara, aunque algo de eso se sostiene en la mayor concentración de pigmento en la parte inferior.

Freud habla del alcance de la repetición, de ese resto indecible del encuentro del sujeto con real, con la experiencia de lo indecible; habla del trauma. El trauma no es el hecho del encuentro en sí, sino lo que del encuentro no se puede asimilar, esa primera experiencia de un acontecimiento que se registra como una presentación sin medida. La manera de tratar de volver a experimentar ese primer encuentro es lo que construye la diferencia, la unicidad del modo de gozar.

“No sería así si nos encontrásemos con la dispersión”; eso dije, cerrando el primer párrafo. Y esto es lo que quiero comentar en *Dos acuarelas de José María Guijarro II*, a propósito de algunos fenómenos que se presentan en el T.O.C: la repetición, ritual o no, como tratamiento de la dispersión. La psiquiatría clásica contemporánea localiza la extrañeza y la falta de sentido como caracteres primarios de la obsesión, junto al carácter coercitivo fuera de control de lo que aparece en el pensamiento como una forma intrusiva con imposibilidad de terminar; para ilustrar esta observación recurriré a una nota clínica en la que la tarea de la vida hace coexistir todas las repeticiones en un espacio donde se distribuye la diferencia, como nos decía Deleuze al principio de este escrito.



José María Guijarro

Sin título II

Acuarela sobre papel
1997

Colección Fundación Coca-Cola

Montserrat Rodríguez

Psicoanalista

Mireia viene a verme porque teme dañar a los niños que hay a su alrededor y con una teoría al respecto. La frecuencia en la aparición de estos pensamientos intrusivos es muy alta y lo relaciona con haber sido objeto de la mirada lasciva de un hombre de su entorno familiar, un hombre que con frecuencia se expresaba de manera obscena. Relata que esto ocurrió en la adolescencia y que a causa de este encuentro aparecieron la tristeza y el desinterés por la ocupación principal de su vida en aquel momento: los recién empezados estudios universitarios. Mireia dijo también que, al margen de aquel encuentro, había también cierto sentimiento raro que suponía en relación a los cambios motivados por la nueva situación: nunca había salido sola de su barrio y en aquellos momentos se pasaba casi todo el día en un lugar extraño, la facultad universitaria.

El momento del encuentro con la mirada lasciva, era una interpretación sólida que traía Mireia y que permitía localizar el desencadenamiento no necesariamente causado por el encuentro con la mirada lasciva. Ese encuentro podía ser la causa o no, sí parecía el argumento del que se podía valer como construcción de sentido para delimitar la extrañeza.

Al desinterés por su ocupación fundamental se sumaba el miedo a usar el transporte público porque temía tocar a alguien de manera indebida. Dejó los estudios, dejó de salir de casa e inició un tratamiento conductual fundado en experimentar conductas de exposición progresiva ante aquello que se presentaba como insoportable. Estuvo así cinco años, sin mejoría. Decidió probar con otra orientación terapéutica, en esta ocasión articulando la terapia psiquiátrica y la psicoanalítica.

Cuando empezamos a trabajar, la frecuencia de los pensamientos intrusivos tenía un carácter continuo que solo cedía en los primeros momentos del despertar. En cuanto se ponía en marcha los pensamientos aparecían, sin prisa pero sin pausa, sumiéndola en un malestar insoportable asociado al sentimiento de culpa y a la pérdida del sentido de la realidad que se manifestaba como alteración del reconocimiento visual espacial y del sentido de las palabras. Experimentaba el espacio vacío de sentido, irreal, y las conversaciones cargadas de sentido amenazador, relacionado con el contenido de sus pensamientos. Se experimentaba dispersa, como si entre ella y su entorno apenas hubiese diferencia, y solo se templaba si no salía de su casa. Estas ideaciones se acompañaban de idas y vueltas que tenían que ver con asegurarse lo que le garantiza su seguridad: cerrar la puerta con llave, las llaves del gas, del agua, de la luz... Aunque no siempre aparecían asociadas a las experiencias de "alteración cognitiva", también eran una constante. Ocasionalmente

aparecían también movimientos rituales poco establecidos (caminar solo por tal lado de la acera, cambiar el paso cada equis pasos...), variados y de escasa persistencia.

En el momento de la consulta todas estas precauciones le suponían un ir y venir que le impedía, entre otras cosas, llegar puntualmente al trabajo. En alguna ocasión, había regresado a su casa estando a punto de "fichar" a la hora de entrar. El terror la invadía al no tener la seguridad de haber cerrado la puerta de su casa o un grifo...y había de regresar. Aún regresando, y después de asegurarse de que las cosas estaban bien, podía darse la situación de que de vuelta al trabajo y en el momento de entrar, se presentase de nuevo la duda.

A esta fenomenología se añadían pensamientos relacionados con su homosexualidad, aunque nunca ha sentido interés sexual por las mujeres, y un rechazo claro a cualquier posibilidad de ser madre por temor a dañar a los hijos que pudiera tener. Así, evitaba el embarazo y también los encuentros sociales, de manera que su vida se reducía al contacto con los familiares más íntimos. El trabajo que fuimos haciendo descargó de angustia las formas de la repetición que Mireia había construido. Tuvo hijos. De vez en cuando me llama para sepa que está bien y que también lo están sus hijos. Los usos de la repetición de los que se valía Mireia no se fundan en la repetición freudiana, son construcciones de otro carácter: las que el sujeto puede construir para tratar los desbordamientos de la angustia, para localizarla en los márgenes del sentido.



Carmen Calvo

Las amigas

Collage, esferas y pelo, sobre lienzo
1996

Colección Fundación Coca-Cola

Montserrat Rodríguez

Psicoanalista

Una colección de esferas aplastadas de un material transparente dejan ver un contenido, pelo, evocando el valor del recuerdo y lo sagrado, la continuidad del ser. Esferas a modo de relicario expuestas en hileras “pintando” la distancia, la discontinuidad, con un recurso ajeno a las aplicaciones de la perspectiva en los desarrollos artísticos. El motivo de la colección es un objeto y su disposición, la esfera aplastada que contiene pelo y el orden que rige el conjunto de objetos. Un modo de repetición. Por otra parte, distancia y protección son condiciones necesarias de lo sagrado, que es, con Bataille, “justamente la continuidad del ser revelada a quienes prestan atención, en un rito solemne, a la muerte de un ser discontinuo”.

Esta colección de Carmen Calvo trae a la memoria la imagen de una piedrecita, y en esta piedrecita imaginada resuena una de las primeras observaciones de las repeticiones como fenómenos vinculados al estudio del trastorno que nos ocupa, el Trastorno Obsesivo Compulsivo. Hay rastros modernos (s. XVII) del uso del término *escrúpulo* (del latín *scrupulus*, diminutivo de *scrupus*, que significa piedrecita) para designar los pensamientos repetitivos de carácter religioso, siendo la insistencia y la compulsión a repetir una función de defensiva que consiste en compensar la desvitalización que sucede a la descompensación imaginaria o simbólica, según el fenómeno se presente en una personalidad neurótica o psicótica.

Ahora una nota clínica de Eugene Minkowski, para acercarnos a una presentación que se manifiesta con la apariencia de un fenómeno obsesivo. Pablo, un chico de 17 años, presenta un progresivo deterioro físico y moral que le conduce a un estado grave de indiferencia afectiva y de pasividad por las cosas de su entorno vital. Va abandonando lo que forma parte de su quehacer diario y paralelamente van apareciendo rituales con los que trata de asegurarse el control correcto de sus actos. En este contexto ritual se va determinando un fenómeno, una actitud interrogativa expansiva “a diestra y siniestra, sin terminar nunca, a propósito de los objetos que ve delante de sí, a propósito de las ideas que se presentan a su espíritu (...) En casa, incesantemente formulo preguntas; mi madre debe responder a ellas todo el día (...) Debo saber la respuesta a todas las preguntas que se me ocurren: cuando tengo que sentarme en una silla, quiero saber de qué está hecha, si es sólida o si se romperá (...)”. Esta profusión interrogativa de Pablo no se manifiesta en relación a ningún acontecimiento o tema que tenga que ver con sus intereses personales: cualquier objeto o situación de su entorno es causa de una pregunta, sin que haya angustia u otro afecto en relación a la respuesta. No hay interés en comprender la razón o la causa de lo que motiva las preguntas: se producen como una sucesión de objetos descargados de relatividad, desafectados, como la colección

de esferas de la pintura de Carmen Calvo. Las esferas y las preguntas son objetos diferentes, pero participan de la misma estructura y del mismo contenido: si uno de ellos o de ellas faltase o cambiase de lugar, no se alteraría el sentido de lo expuesto, o de lo dicho: son, para el espectador, un orden externo. Pero para Pablo, estas formulaciones interrogativas constituyen lo que sostiene su relación con el exterior, su orden, el único vínculo que mantiene con su entorno: fenómenos pseudo-obsesivos que construyen una compensación con la que trata de reparar la discontinuidad.

¹ Minkowski, E. *La esquizofrenia* (1925), Buenos Aires, Paidós, 1980, p.144.



Juan Ángel González de la Calle

Sin título de la serie Laberinto
Óleo y fotografía sobre lino
2000

Colección Fundación Coca-Cola

Fernando Vicente

Psicoanalista

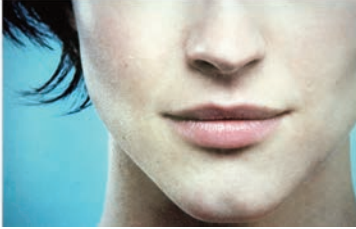
¡Qué hacer en medio de tanto laberinto como caminos complejos de nuestra propia existencia! ¡Cual difícil es el camino y cuantas energías hay gastar para no dejarse arrastrar al hoyo! ¡Nunca hay que perder el ánimo pues lo más importante es seguir siempre caminando!



Rafa Sendín

Sin título de la serie Uni-Dos 27
2007

Colección DA2



Fernando Vicente

Psicoanalista

Aquí sin embargo nos encontramos con una clara diferencia. Una cierta angustia ante algo que no tranquiliza, así lo expresan la mirada interrogante ante una espera no agradable, y el rostro femenino que nos muestra quietud y paz.

Lo mismo puede ser diferente y lo igual diferente.



Rafa Sendín

Sin título de la serie Uni-Dos 28
2007

Colección DA2

Fernando Vicente

Psicoanalista

Aunque aparentemente no es la misma persona en ambas imágenes, se desprende una cierta dureza en la mirada de la primera y en los rasgos faciales de la segunda. Curiosa coincidencia en la diferencia. Para no olvidar nunca la complejidad del ser humano en una época como la actual que nos arrastra hacia un simplismo...inhumano.



Manuel Velasco

Blurred painting

Óleo sobre tabla

2000

Colección Fundación Coca-Cola

Montserrat Rodríguez

Psicoanalista

Todas las distancias, en el tiempo y en el espacio, se encogen. Es el comienzo de “La Cosa”, escrito para una conferencia de Heidegger en el que reflexiona sobre lo difuso y lo cercano en el ámbito contemporáneo, y sobre lo terrible como aquello que se muestra y se oculta en la presencia. De lo terrible dicen también otros modos del pensar: aquí, *Blurred paintings* dice de lo terrible en el modo artístico, decir al que nos acercamos con la teoría lacaniana como herramienta teórica.

Blurred paintings. Leonardo introdujo la difusión del contorno en la figuración pictórica, el aplanamiento del color local diluyendo la diferencia para producir, entre otras impresiones, un efecto de profundidad. La profundidad representa la tercera dimensión, efecto contrario a la dilución. Este juego sincrónico de contrarios en un mismo soporte u acción es un privilegio, o un rasgo, del quehacer de los artistas: afirmar y negar la consistencia de algo, simultáneamente.

Diluir el contorno significa disolver la diferencia, hacer signo de ella esparciendo su presencia, dando así lugar a la desaparición. *Blurred paintings.* “Color holofraseado”, si lo enganchamos con el uso que Lacan hace de un término de la lingüística, lo holofrásico, para referirse a aquéllas funciones del lenguaje ajenas al intervalo signifiante, usos del lenguaje que alojan la indiferencia. *Blurred paintings*, color sin intervalo que también encontramos ocasionalmente en algunos momentos de Esteban Vicente o de Marc Rothko, por ejemplo, y que presentan modos del aplanamiento o formas de lo difuso que evocan, en cierto modo, los fenómenos que anuncian que el sujeto o el objeto se desvanecen progresivamente, hasta su desaparición.

La desaparición de algo, ¿implica su pérdida? De ser así, ¿hacia dónde va la experiencia subjetiva de esa pérdida? El desaparecer pone en cuestión el establecimiento de la ausencia y el de la existencia. Cuando algo o alguien deja de aparecer, la expectativa del encuentro se abre a la incertidumbre porque en el sujeto del inconsciente no hay lugar para la muerte; no hay localización posible de algo que no tiene representación en el inconsciente; no hay inscripción posible de la experiencia de la muerte. No hay. Esa imposibilidad, la cosa en sí, es lo que falta, lo que se sitúa entre lo indecible y el silencio, ahí donde *todas las distancias, en el tiempo y en el espacio, se encogen*; ahí, donde el lugar desaparece porque todo es sincronía.

La desaparición comporta que no hay prueba de realidad que muestre que el objeto ya no existe, y el sujeto tiene que hacer sin ese elemento que lo confronta con la pérdida real: no hay testimonio de la pérdida que facilite el investir de sentido otros objetos. Barthes consi-

deró que la desaparición irreversible del referente que da lugar a la imagen es lo que da a la fotografía su pleno valor, el valor testimonial de un objeto que “deja ver” que lo que le dio lugar existió; puede ser así también en la pintura figurativa, tal como Velasco lo propone en *Blurred paintings*, y también en la que responde a otras categorías de la representación pictórica, como algunas producciones de Rothko o Vicente, refiriéndonos a lo citado, en las que un color desaparece, diluyéndose en las masas de otro color.

Ante la experiencia de la pérdida aparece el dolor, y no es el único afecto que se manifiesta en esta situación; aparece también la angustia como reacción asociada al peligro que conlleva la desaparición. El dolor en un proceso de duelo se funda en el efecto de la rememoración del anhelo ante la experiencia de la pérdida; esta experiencia dolorosa se presenta en toda ocasión en la que un sujeto se ve confrontado a desligar los lazos que mantienen sus vínculos con el objeto perdido, con lo que el objeto-sujeto se lleva consigo en su desaparición. Pero que haya dolor no siempre implica que haya duelo; puede ocurrir que la respuesta subjetiva a la falta se sostenga en ese dolor porque no sea posible el desligamiento de los vínculos con los que el sujeto está ligado al objeto; así, el dolor puede aparecer como prueba de la permanencia del amor, de que el vínculo con el objeto no se desvanece perpetuando, de esta manera, la existencia de la desaparición como presencia; un dolor que sería síntoma de la imposibilidad de la renuncia y al mismo tiempo, tratamiento posible de esa imposibilidad.

Una nota clínica

Miquel me pide una consulta porque un conocido le sugiere que venga a verme después de una conversación en la que ambos hablan de sus síntomas. Miquel habló con Manuel de lo que le ocurría, una sensación extraña que le invade puntualmente y le obliga a retirarse durante un tiempo de la ocupación en la que se encuentre; y es complicado, porque le puede pasar en cualquier momento y a veces le sucede en el trabajo.

Manuel había sido paciente mío y conoce a Miquel desde la adolescencia. Coincidieron en el Instituto y mantienen el contacto desde hace más de veinte años. Los encuentros siempre tienen que ver con celebraciones a las que también acuden otros compañeros de entonces. “Lo que me pasa puede que sea algo así como lo que a Manuel le ocurría, aunque yo no tengo vértigos ni ataques repentinos de sueño; esto que me pasa viene acompañado de algo de lo que no puedo hablar, porque me horroriza”. Miquel habla de lo que le ocurre ajustándose a lo que sabe que le ocurría a Manuel; lo hace así para ayudarme a entender lo común y lo diferente entre lo que a él le ocurre y lo que le pasaba al que fue mi paciente.

Las primeras sesiones son muy breves, por decisión de Miquel: decide ir hablando tal como supone que lo hizo Manuel, aunque la brevedad viene dada por el cansancio que le supone contar lo que le ocurre a una persona desconocida. Ha de conocerme algo más para poder hablar, y aunque le parece que está cómodo no sabe si puede confiar en mí. En estas primeras sesiones vamos a ir hablando de los aspectos generales de su vida; lo dice así y así lo hace.

Los aspectos generales de su vida tienen que ver con la presentación de la historia familiar a la que dedica una consulta por miembro y en esto invierte más de dos meses. A partir de estas exposiciones entiende que puede confiar en mí y localiza la experiencia de la sensación extraña en la adolescencia tardía, en un momento en el que la dinámica familiar se altera por una situación laboral compleja que obligó a un sector de la familia a cambiar de residencia. A esta realidad, se añade que deja la relación con su novio “que más que novio, era como un hermano.. nos decían que éramos como dos gotas de agua”, y que cambia de trabajo, un trabajo que era “como un traje a mi medida”.

A medida que se van dando estos cambios en el ámbito familiar y laboral, empezó a sentirse “raro frente a mí mismo, como si no tuviera nada que ver con mis recuerdos”. Tampoco sabía exactamente donde estaba, aunque reconocía los lugares; algo así le pasaba también si reparaba en su cuerpo: las partes de su cuerpo le resultaban familiares, propias,

pero tenía la impresión de que “al mirarlas, eran extrañas, como si estuvieran enganchadas al lugar en el que estaba”. Estos episodios de enrarecimiento eran repentinos y podían durar días; se moderaba la intensidad cuando aparecían algunos pensamientos insistentes en relación a la muerte de personas próximas, muertes en las que pensaba que podía intervenir de manera directa. Y eso era lo que la horrorizaba, pasar al acto. Este fue el motivo por el que dejó a su novio y el que propició el cambio de trabajo.

Actualmente está medicado mínimamente, un mínimo que produce preguntas sobre la naturaleza del efecto de la medicación, y ha reconstruido una referencia estable de sí mismo tanto en el ámbito profesional como en el afectivo, que no estorban los fenómenos que dieron lugar a un diagnóstico de síndrome de despersonalización, ya que la fenomenología incluía síntomas que habitualmente responden a la clínica del T. O. C... No ha desaparecido la fenomenología, sí la intensidad y los efectos demoledores de esa aparición en su vida. “No obstante [dice], tengo la impresión estas cosas tal como me ocurren ahora, han estado siempre ahí, mucho antes de lo que pasó con mi novio y con mi familia...”



Fran López Bru

Sin título

Fotografía en color

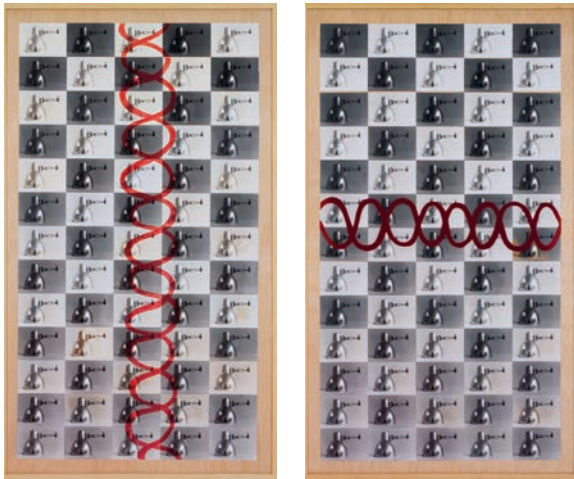
1996

Colección Fundación Coca-Cola

Fernando Vicente

Psicoanalista

Mucha variedad de colores pero si no nos dejamos llevar por la aparente quietud, detectamos rápidamente un MOVIMIENTO CONSTANTE de los elementos que componen las láminas. A veces, una aparente quietud puede esconder una gran energía utilizada para que nada aparezca. ¡Pero a qué precio y con qué desgaste!



Juan Francisco Isidro

Focos y sinusoides. Los peces

Fotografía, tinta, terciopelo
y transferible. Díptico
1991

Colección Fundación Coca-Cola

Fernando Vicente

Psicoanalista

Varias jugadas son siempre posibles sobre el tablero de nuestra existencia, a pesar de los círculos que nos puedan hacer creer en una cierta UNIFORMIDAD de las fichas. Uniformidad falsa puesto que las fichas, para que haya movimiento y se pueda jugar, deben de ser diferentes, como los encuentros en nuestra vida. No nos dejemos engañar por la aparente facilidad que nos propone lo único.



Christopher Makos

Andy Warhol de la serie *Altered Image*
Fotografía. Gelatina de plata
1989

Colección DA2

Fernando Vicente

Psicoanalista

Hoy ya no nos podemos fiar para poder detectar una identidad en el otro (la nuestra tampoco es fácil), incluida la identidad sexual de los hábitos externos. De múltiples formas podemos disfrazar lo interno si por diversas razones aún tememos lo que como respuesta nos pueda venir del otro exterior.



Rafael Navarro

Doble acción

Fotografía sobre papel baritado
2002

Colección DA2

Fernando Vicente

Psicoanalista

Imágenes agradables para observar partes del cuerpo femenino muy erotizadas. ¿Nos mueve hacia una acción ante lo erótico o a una mirada ante lo bello? A cada uno su respuesta. Yo encuentro las imágenes bellas.



James Rielly

Bleed

Óleo sobre lienzo
2001

Colección DA2

Montserrat Rodríguez

Psicoanalista

Plano corto del rostro apacible de un niño que mira. El rostro señala algo extraordinario y no son los rasgos, ni la actitud ni el tratamiento pictórico del retrato: es la sangre que mana del orificio nasal izquierdo lo que excede a lo ordinario. ¿La sangre como rasgo? ¿Un rasgo más? La naturalidad de la expresión ¿compite con la mancha? Es como si esa sangre siempre hubiera estado ahí, como lo están los ojos, la boca, las orejas o los mismos orificios nasales. Pero no es así; sabemos que la sangre mana de adentro, accidentalmente, y ahí, en ese rostro tranquilo, la sangre es una presencia curiosa, aunque las hemorragias nasales no sean una rareza en la infancia.

La sangre sale de un interior orgánico y se hace ver afuera. La experiencia del afuera, que con Foucault decimos que es un pensar que “se mantiene fuera de toda subjetividad para hacer surgir del exterior sus límites”, es una práctica compleja en la que además de la piel están implicados otros órganos: el lenguaje, como órgano que preexiste al sujeto, y los agujeros corporales, dando lugar a que el mundo, en el sentido primario de la percepción, se adentre y se experimente subjetivamente. Aquí, en la pintura de Rielly, la sangre se muestra éxtima y enigmática dando a ver lo real del organismo en la superficie corporal y significando el rasgo más peculiar del retrato.

Sangre éxtima y enigmática. Lo éxtimo es lo que dice de la interioridad más íntima del sujeto y que solo se puede reconocer desde afuera. Lo enigmático es una presentación que no se sabe que es y que produce cierta perplejidad; a veces es una experiencia angustiosa a la que antecede la sorpresa de encontrarse ante algo inesperado y vacío de significación. *Bleed* evoca las epifanías y los retratos de Joyce, lo propiamente poético de su escritura, el sonido de lo indecible... En palabras de Ellman, Joyce “por epifanía entendía una súbita manifestación espiritual, ya fuere en la vulgaridad de la alocución o del gesto, ya fuere en una fase memorable del espíritu”.

¹ Ellman, R. *James Joyce*, Anagrama, p. 216.



Hugo Alonso

Pause

Acrílico sobre papel, políptico, nueve obras
2006

Colección DA2

Mariano Hernández Monsalve

Psiquiatra

Inquietante colección de imágenes congeladas, que nos dejan suspendidos en las cercanías de la nada, sin palabras; mensajes sin retorno arrojados a un vacío ilustrado con imágenes de artificio, grotescas, prefabricadas; sin guión, sin argumento, mero reflejo de una sensorialidad que se nos antoja impostada. Desolación.

Colección de imágenes, que bien podrían ser las ilustraciones de textos de Giovanni Sartori, el lúcido azote de la cultura “video masa”, que nos advierte sobre las tendencias regresivas, contra evolutivas del homo sapiens, de natural reflexivo, dispuesto y capaz de generar abstracciones, hacia el homo videns, “una criatura que ve pero que lo piensa, que ve pero que no entiende”; nueva versión del “hombre masa” de Ortega, que “no atiende a razones”. La tiranía de la imagen frente al logos; nuevos vasallajes. Porque, mientras el procesamiento de la palabra requiere desciframiento del significante, frente a la imagen, la capacidad de abstracción corre riesgo de quedar en suspenso; la imagen se procesa automáticamente, de modo que la capacidad del humano para administrar los acontecimientos que le rodean queda limitado a lo que le dicta la vista; la respuesta es emocional, escasa o pobremente intelectual, cognoscitiva; y desde ahí se activa la respuesta. ¿Nos extrañaremos pues de que en nuestra cultura (que va quedando a merced del imperio de la imagen) predomine la patología del impulso - del impulso no contenido (“los trastornos de conducta”) o el impulso temido, condensado, abocado al colapso y la repetición (“trastorno obsesivo-compulsivo”) en un ser atribulado por su propia dinámica interna a la que no se siente capaz de atribuir significado o no del modo que lo requiere?

Cuando se impone la tiranía de la imagen –unidireccional, potente, de la pantalla al televidente– se cancela el diálogo; no cabe interacción; no cabe interpelar. No hay diálogo y la narrativa personal se hace inasequible para la mayoría: ¿cómo abandonar el potente torrente de imágenes? ¿cómo sobreponerse a ello? ¿cómo hilar, con conceptos, con diálogo interno? esos fogonazos fragmentados que se suceden en reposo, sin intervalo ni pausa.

Si lo que pretendió Hugo Alonso al congelar estas imágenes, inquietantes, tenebrosas, y globalmente antipáticas, y que sin embargo atrapan la mirada, fue para alertarnos sobre los peligros que acechan a este “homo videns” naciente, donde la autoridad la ejerce la pantalla y, tanto el ejercicio reflexivo, como la aventura simbolizadora, como el juicio crítico, quedan en suspenso: en mi opinión lo ha conseguido.



Carmen Calvo

Las amigas

Collage, esferas y pelo, sobre lienzo
1996

Colección Fundación Coca-Cola

Mariano Hernández Monsalve

Psiquiatra

Punto y aparte. Puntos suspensivos. ¿Así es la vida, así la amistad, así es entre las amigas?

La existencia como peregrinaje a la búsqueda de esa mitad perdida. Amistad amable, acumulada, y enigmática también ¿Amistad encapsulada, para sobrevivir al naufragio cuando se queda a la deriva, a la espera del mejor viento y del mejor Norte?

Primera impresión de colorido y ritmo calmado, amable; de vida reposada y cálida.

Se ama la amistad amable y se elige lo que uno cree bueno, agradable o útil, la elección de la amistad fruto del azar y la elección; es una predilección.

Pacto entre amigas: el micro mechón de cabello encapsulado, resistente al tiempo y a las inclemencias de la vida. Pacto pacífico, condescendiente y comprensivo, con el cabello de testigo, frente al pacto con sangre intercambiada de la amistad guerrera, masculina.

Se ha distinguido: la amistad de los hombres en el hacer, la de mujeres en el decir. Entre amigas: reunirse, hablar y cuidarse; amistad contra el desaliento y la desertión ¿más inestable?, quizás; más íntima también.

Nos llega la cercanía, la similitud. También reiteración, alineamiento, cúmulo. No hay tensiones; amistad dulce, blanda, no conflictiva.

Se ha reconocido la amistad como la forma más intensa de encuentro con los otros, y la mejor oportunidad también de encontrarnos con nosotros mismos. Por esto, quizás, cierta inquietud por la seriación lineal, en horizontal y vertical, en filas y columnas. Se añora el círculo, el encuentro cara a cara, el encuentro ampliado, múltiple, compartido, las señas de confianza, la conversación, la alianza, el lazo.

Amistad procesual: amistades verdes emergentes, amistades que maduran, se consolidan.

La apuesta por la memoria y la amistad es la que tensa el deseo de los seres libres, a la búsqueda de la sabiduría y la concordia. En la saber de los clásicos “sin amigos nadie elegiría la vida la amistad es lo más necesario para la vida”, glosa de la amistad. Ayuda incondicional; compartir confidencias, aceptación del ser.



Chema Madoz

Sin título
Fotografía
1994

Colección Fundación Coca-Cola

Mariano Hernández Monsalve

Psiquiatra

Erguido en firme vertical, nos frena, nos limita, e intimida. Barrera, muralla ¿infranqueable? Muros que ocultan y nos ocultan ¿y qué vida detrás de muro; y qué paralelismos u opuestos, a uno y otro lado del muro? Escisión, incomunicación, compacto, denso, sin fisuras. Cuando vienen mal dadas, detrás del muro, al burladero: cerrazón, desconfianza; búsqueda de seguridad, atrincheramiento impenetrable...

Ni un adorno, ni una floritura, ni un eco de movimiento, de vida, salvo ese rojo intenso, y el ladrillo uno tras otro, uno junto al otro que nos traen un eco artesanal, dosis mínima de lo humano que subyace. Fragmentos encajados, superposiciones. Buscamos la excepción: aburrimiento, hastío; no surge la excepción: cada ladrillo igual al otro; un día igual al anterior y al siguiente.

Muros individuales y muros colectivos. Amurallarse como parte de la condición, social, y temerosa, del humano hasta nuestros días: Ellos se protegen, de avatares inclementes y del otro (que puedo ser yo mismo), de los otros –diferentes, amenazantes, temidos– y levantan muros. Nosotros levantamos nuestros muros; cada cual construye su personal muro. Mundo de humanos amurallados, como si la piel, tan transparente y sensible, o nuestras creencias y argumentos, tan frágiles, no se bastaran para contener la temida embestida de la presencia del otro, de los otros, o su mera presencia. Toda defensa parece pequeña.

Muros materiales, ciudades amuralladas y valladas; muros simbólicos, y mixtos, el “muro de la vergüenza, la “tapia del manicomio”.

Muros de silencio, de incomprensión, de incomunicación. Muro de las lamentaciones. Muros de resistencia, de incomprensión. Muros de exclusión, de indiferencia, de decepción, de derrota o de vanidosa, y temerosa, victoria. Muros de soberbia, de fanatismo, de rutina, de hastío, de desmemoria, de olvido.

Muros para ser perforados, agujereados. Humana incitación al salto del muro ¿cómo, cuándo derribar el muro? Saltar el “muro de la vergüenza”, saltar la tapia del manicomio.



Alfredo Alcaín

La regla

Collage y lápices sobre papel
1995

Colección Fundación Coca-Cola

Mariano Hernández Monsalve

Psiquiatra

Regla, regulación y medida. Conexión, y separación; también bloqueo, aislamiento.

Reglas explícitas, tangibles bien visibles, que conectan los elementos por el camino más corto; conexión directa, rectilínea, cartesiana. Y reglas implícitas, subyacentes, no visibles, de potentes efectos, que arrancan, o que amortiguan o frenan los vaivenes instintivos, pulsionales, impulsivos: Nos sorprende un arranque de ira, o de generosidad; un apetito voraz, o el empuje o la desinhibición sexual, o una recurrente entrega a la liturgia repetitiva del lavado de manos, o a la preparación meticulosa de los folios en nuestro escritorio, o la extenuante entrega a la duda mientras nos impregna y empapa el sudor destemplado del inútil sufrimiento.

En este cuadro de Alfredo Alcaín la regla, majestuosa y potente, preside y ejerce, inmóvil, el absoluto control.

Ahí están: el deseo, los impulsos y sus derroteros y sus topes. Las puntas de lápiz, nuestros deseos de todos los colores, chocan con el parapeto de la regla; una y otra vez se estrellan por aquí y por allá. ¿Qué hacer? ¿Renunciar, tal vez insistir, buscar las fisuras, instalarse en la repetición, esperar mejores momentos para sortear los imperativos de las reglas? No hay fisuras, se impone la repetición, tal vez la espera indefinida. Y, mientras tanto ¿que pintan nuestras juguetonas puntas de lápiz de colores, nuestros deseos? ¿Agotamiento de la exploración, de la búsqueda? ¿Batirse en retirada, repliegue y refugio en la burbuja de mundo imaginario? ¿Renunciar a atravesar la frontera, a emerger a la superficie de lo real? El hombre occidental, en la cultura de la operatividad y el rendimiento se ve abocado a la sumisión, al orden, la norma, la regla -siempre consistente, poderosa, impertérrita- sumisión (a la regla, al orden) mientras la mente, el cuerpo y el espíritu, aguante.

La regla se constituye en criterio ¿O sustituye al criterio? al criterio nacido en la experiencia, en el balance entre lo conveniente, lo necesario, lo inexcusable, lo que quiero y lo que puedo y lo que debo, entre el deseo y el imperativo.

Las reglas como protección frente al caos. Apego incondicional a las reglas. “Defensas obsesivas” frente a la incertidumbre del deseos; la locura de la indecisión, la reiteración y la duda, frente al riesgo de que se instale la irracionalidad o los derroteros psicóticos.

La regla se instala como criterio predeterminado, ¿Auxiliar del ser en su despliegue por la complejidad del existir, del constante ir haciendo y decidiendo? ahí, su respeto y su aplicación, estructura, encarrila, contiene y tranquiliza, evita el sobre-esfuerzo de decidir acerca de todo y en todo momento ¿o impedimento para la exploración creativa, la libre circula-

ción de impulsos, deseos, sentimientos la innovación, el ensayo, equivocarse una y mil veces y aprender, o acaso no, de los errores?

Las reglas están por medio de todos nuestros escenarios (de seres pensantes, deseantes, relacionales, autores, coautores de complejos despliegues vitales) reglas del juego, reglas de educación y cortesía, la regla de tres y reglas de operaciones matemáticas, y de lógica formal, reglas en el mundo astronómico, y en el microscópico, y en el molecular.

La reglas regulan el mundo biológico, nuestra dimensión vegetal, hormonal química y animal, de forma soberana, de modo que el espermatozoide no alcanza el óvulo sino cuando la regla se lo permite pero ¿y nuestro ser deseante, afectivo, vinculante, subjetivo, intersubjetivo y social? Sin reglas fijas , abierto a la incertidumbre y la libre determinación, la libertad, y la ansiedad de la elección. Apuesta personal, existencial ¿respetar las reglas saltarse las reglas, cambiar las reglas? Tarea personal y colectiva para una vida, muchas vidas, generaciones Convendría quizás, recordar y reivindicar, con Protágoras, que sea “el hombre la medida de todas las cosas”.



Yamandú Canosa

H-406

Pintura. Acrílico sobre tela
1992

Colección Fundación Coca-Cola

Mariano Hernández Monsalve

Psiquiatra

Planeta Tierra, plano y amistoso. Cuando la subjetividad impone la simplicidad, reorganizo el mundo con los criterios que mejor me vienen. Quiero tener el mundo al alcance de mi vista, tomar un reposo, un descansito. No quiero considerar lo que no se ve, no cuento con el horizonte y por tanto prescindo del más allá, de lo que la vista me procura. Cuento con las rutas que se adaptan a mi necesidad de explicarme con sencillez, sin invocar el sueño tras el horizonte.

Continentes aproximados, excluidas las antípodas. Necesidad de un mundo plano, sin escudriñar las complejas realidades, ni la vistosa selva, ni los fantásticos mares. No interesan aquí los sueños marineros, los romances, la épica ni la epopeya.

¿Y el ruido, el murmullo, y la música de fondo? ¿con qué sonos y ritmos nos conectamos?

El mapa humanizado por unos brebajes, un té, unos zumos, cafés, que o presiden y nuclean. Aliviar la odiseica migratoria, silbar un confiado ritmo ¿podría ser, nos lo podemos permitir? Por qué no, nada nos lo impide; no hay barreras, no hay peligros. Planicie, simplicidad quizás confianza, también.

Mundo de proximidad, de cercanía amable, frente a la tozuda realidad del nomadismo forzado, de la huida impuesta, por la exclusión del extranjero, del diferente. Chocante simplicidad con los avatares turbulentos del mundo atestado de fosos y murallas, nada plano, nada amable, nada simple.

Deconstruimos el mapa para encontrar otro camino, otra edificación que nos oriente y sitúe en este mundo caótico, ruidoso y hostil que nos lleva de la mano a perdernos en los límites y bordes de sus fronteras. Más allá, quizás no todo esta perdido. Quizás puedas encontrar otra realidad, otro mundo, otras gentes, otras maneras y ellas nos dejan gentilmente el alivio de cualquier locura.

Ante la duda y todos estos "quizás", podría ser perfectamente que no hicieras nada. Espera. Descansa. Reposa. Deja que sea este mundo que te encuentre a ti, te sitúe en el lugar que te pertenece, en el lugar que mejor encajes. Como un puzzle, las piezas encajan y hay que situarlas todas. No serás tu la pieza que no encaja.

Invita a la hospitalidad, cercanía. Nada que ver con la cerrazón, los fosos de la distancia, el rechazo.

El centro de nuestro universo doméstico, así concebido y dibujado, no está presidido por los tanques. Celebramos que en el mapa de Canosa el centro lo ocupan unos recipientes para albergar amables jugos, café, té, unos zumos. Te invito a un té en el centro del mundo y quedamos a la espera de que no pase el tiempo.



Ferrán García Sevilla

Sama 57

Óleo sobre lienzo
1991

Colección DA2

Mariano Hernández Monsalve

Psiquiatra

Con el garabato empieza todo. Es el principio de una historia es el blanco en un fondo negro. Sugiere una continuidad. Sus espirales hablan de tus sentidos. Sus líneas adivinan tus ideas, o tus intenciones. Sigue la línea y no te alejes del camino. Descifra lo que esconde. Alivia las artimañas que subyacen en la mente.

Diagrama de las rutas del vivir. Rutas exploratorias, y de recuperación. Rutas laberínticas, a modo de Teseo siguiendo el hilo de Ariadna hacia el minotauro; o rutas imprevisibles a merced de los impulsos de Eros y de Cupido.

Misterios, inseguridades, incertidumbres. Extravíos, decepción. Parón, elipse, desconcierto y vuelta a empezar.

Por más que sea en blanco y negro, se adivinan los colores, también los ritmos, músicas, y descompases. Representación de vidas posibles, las de nuestro mundo pulsional. Intencionalidad, el deseo apunta en una dirección, y en otra, en múltiples direcciones. Deseo y destino ¿posibilidad de acuerdo, de pacto?

El tablero bidimensional se nos queda pequeño, necesitaríamos más dimensiones, que cada cual habrá de construir por sí mismo. A diferencia de lo que nos cantan las coplas de Jorge Manrique, no son aquí las vidas el río que nos conducen al mar que es el morir. Nos lleva aquí a las locuras del vivir, caminar y recorrer vericuetos de deseos nunca simples, nunca unívocos, sinuosos. Agobio a veces, desconcierto otras, movimiento siempre. A ciegas ¿dónde está el mapa, dónde la hoja de ruta? Artesanía personal, impredecible; orda-lía, juegos de intención, azar y destino.

En cualquier caso, predominio de intencionalidad autónoma, autocracia fallida. ¿Dónde y cuándo la apertura al otro, la interlocución, el encuentro, dónde el diálogo, la conversación, la escucha reposada? ¿Autocomplacencia en la autodirección, imposibilidad de encuentro, soledad arbitraria? Ideas, sentimientos e impulsos en el mismo trazo. Impulso a ciegas, identidad ausente; se nos fue el yo; nos falta el logos. Nos falta el otro.



Ana Teresa Ortega

Sin título

Fotografía

Selenización sobre hierro y metacrilato
1997

Colección DA2

Mariano Hernández Monsalve

Psiquiatra

Elogio de la contención. Dolor, lentitud, silencio, prudencia dignidad ¿orgullo?

Expresión de sentimientos, sí y del ser global. Expresión de sentimientos vividos, vivencias, y de la contención ¿decidida, forzada? que la envuelve y acompaña.

Nos llega dolor y sufrimiento en esta mirada. Valor y coraje por vivir otra vida, libre, más allá de la humillación, del desprecio, de la condición de víctima. Control, rigidez, frialdad, frialdad esteparia y metálica.

Avanza unos primeros pasos. Cadencia solemne. En su gesto, muecas del soliloquio. Conversación contenida, diálogo interno, piensa en él, en ellos, en los suyos en los cercanos y en los más alejados también, en versión ampliada de los otros-suyos, conocidos y no los aunados por el avasallamiento. No hay protesta explícita, la protesta interior de la reafirmación en la verdad propia y compartida inanimada-deseada-delirada. Quizás repites tu lejanía. Vivir y resistir vivir y resistir, dignidad orgullo de resistente.

Evocación dolorosa e inquieta, de esta mujer que se está mirando con un ausente, que por su mirada esta presente.

Ninguna mirada cercana de reconocimiento, y aún menos de compasión o de simpatía Pero sí auto-reconocimiento hondo, frialdad contenida, dignidad. La congoja no le impide mantener la determinación de vivir, y de mantener y rescatar la memoria de los ausentes, la dignidad del dolor.

Defensa de lo sublime, de lo más sagrado, de la memoria, del ser querido, del camarada, amigo y compañero. Silencio brutal, intenso, sublime frente al mirar que acosa, amenaza y desprecio de la mano.

¿Y después del instante y de tantos miles de instantes que habrán de venir? silencio compartido, intenso, cuando el silencio habla de forma tan potente, la humanidad se redime, la soledad se hace a un lado, deja paso a la presencia del ausente, de los ausentes, en el corazón y la memoria, en la tercera memoria.

Cuando el olvido es imposible (ni se quiere ni se puede) la reiterada –hasta obsesiva– presencia de la memoria del ausente, su voz, sus textos, sus miradas, sus caricias amores y lamentos justifican una existencia.

De un lado, la ruin imposición victoriosa del tirano, del otro, la dolorida dignidad de la derrota, de rumiación serena y lenta, lubricada con las lágrimas de la garganta reseca de callar. Ahí el dolor, la dignidad y el recuerdo.

¿Y los del fondo en ese fondo difuminado, oscuro y borroso fondo; bajo la guarida del ala del sombrero? Piel de verdugo, alma despiadada de tirano, mirada de desprecio, temor, vergüenza acaso, silencio encubridor.



Elena del Rivero

Mantelería

Óleo sobre lienzo

1995

Colección Fundación Coca-Cola

Mariano Hernández Monsalve

Psiquiatra

Discreción, sobriedad, opacidad.

Opacidad entre los oscuros, la alta densidad del tejido prieto, con alta consistencia, sin ventilación.

Iniciales que identifican: refuerzo de un quien soy, quienes somos, mantelería familiar.

En medio de esa planicie inescrutable, aparecen unos destellos, unos brillos momentáneos, entre el eterno gris de la existencia. Son apariciones más o menos efímeras que se distribuyen en una forma aleatoria en el tiempo.

Surgen sin previo aviso y se diluyen lentamente en las iniciales de tu nombre. ¿Cómo saber cuándo es el momento de buscar la lucidez para poder interpretar estas apariciones? El momento es fugaz. Desaparece en el horizonte y solo queda oscuridad.

¿Y si realmente estos momentos fugaces no son tales y permanecen más allá de nuestra voluntad e intención? Estos espacios mágicos, únicos, etéreos, estos lugares comunes, lugares seguros, mares tranquilos, manos seguras, abrazos sentidos, fórmulas cálidas que descifran nuestra existencia. Como el despertar de un letargo, de una anestesia.

Evocación de la paciencia, persistencia. Actitud cuidadosa, pulcritud, también necesidad de cerrar espacios, de aprovechar al máximo el espacio. Densidad, meticulosidad.

¿Y los materiales? Esa acción humana que pinta la artista, esa mantelería, no es acción instantánea, no es fugacidad: es tiempo estable, con vocación de perennidad... Tejer. La vida se teje con tesón y persistencia. No caben distracciones, ni cambios de rumbo, ni florituras, ni vanas alegrías. Lo que se empieza, se acaba. Redundancia, insistencia, reafirmación.

¿Y dónde quedó el colorido vistoso? ¿dónde la sorpresa? La identidad tiene un precio. Ser lo que se es, y no otra cosa, exige renuncias. Quién se siente exigido por esta peculiar exigencia de redundancia y persistencia, renuncia a la improvisación y al cambio, pues nada de esto nos está permitido cuando nos ponemos al servicio de la idea fija, del propósito firme, de ser o del estar o del parece homogéneo, allí donde el ser encuentra esa particular distinción.

Nos llega también la textura, el tejer y sus evocaciones literarias homéricas-metáfora de la espera y de la posibilidad de retorno.

Mantelería que evoca hogar, familia, amigos con quien compartir mesa y mantel.

Sugiere encuentro y diálogo, intercambio, comidas y bebidas compartidas, intercambio de gestos y miradas pero, en este caso, enfriado por un silencio enigmático, un tanto sombrío, distante, que desafía la profunda sugerencia anterior, siempre la referencia a la identidad —las iniciales, marcas de identidad personal y familiar-transgeneracional quizás, honda, trascendente—.



Charlie White

Tate-LaBianca

Fotografía color C-Print
2005

Colección DA2

Montserrat Rodríguez

Psicoanalista

Tate-Labianca plantea pensar la representación de la repetición y la diferencia en un mismo plano ¿Interfiere el título, *Tate-Labianca*, en las preguntas que pueda despertar esta imagen? Trataré de exponer algunos aspectos de la estructura formal de la fotografía para acercarme a lo que pueda evocar la fenomenología que nos ocupa para el estudio del TOC; esto, al margen del relato que rememora la escena, el juicio por el asesinato de Sharon Tate y la familia Labianca porque aunque el título no es ajeno a la obra, en esta ocasión nos ocupamos solo de los aspectos visuales.

Tate-Labianca propone tres planos para resolver la profundidad: la mesa, de la que vemos un fragmento horizontal; las tres mujeres, cuya distribución ocupa prácticamente la extensión de lo que la cámara capta, y las hileras de personas sentadas que en una sucesión de planos paralelos, componen el fondo. El segundo plano señala la distancia en un doble sentido: por una parte, “deja ver” un más allá de lo que la cámara recoge como primer plano en un supuesto contraplano que dice de un también supuesto espectador; la suposición se recoge en la mirada de la mujer de en medio, y esta mirada aclara que el supuesto espectador no es el que está mirando la fotografía sino alguien que participa de la escena construyéndola desde un lugar distinto al del posible espectador. El tercer plano, el público ordenado en hileras paralelas, se presenta unificado, como las tres mujeres; unificado en la semejanza, que es el rasgo que aúna los elementos de los dos conjuntos o planos, lo que los identifica como unidades pertenecientes a los conjuntos que construyen. Otro aspecto que conforma la construcción geométrica del espacio en *Tate-Labianca*, es el carácter sucesivo de los elementos dando lugar a la tercera dimensión: un objeto construye el primer plano; el segundo lo construyen tres y el tercero equis elementos, dándole a la construcción de la imagen de la profundidad un carácter expansivo que introduce una narrativa de la temporalidad cronológica.

Leo lo que voy escribiendo y me encuentro con dos aspectos que reclaman mi atención: el espectador doble (el que ausente del campo visual construye la escena, y el que la contempla), y la presencia de aquello que siendo del orden de lo analógico (recogido fundamentalmente en el atuendo de los personajes y en la similitud de los semblantes corporales), diferencia y unifica al mismo tiempo. Así, la diferencia está en lo que construye la imagen de lo tercero, y la analogía en lo que da lugar a la unificación que permite pensar un lugar segundo, tercero, etc., porque ha de haber uno, el uno que ordena, para que el dos tenga lugar.

De los conceptos en juego, señalo uno: el de doble, imagen del dos “holofraseado”. En *Tate-Labianca* el dos se repite formalmente en el segundo plano al quedar uno de los tres elementos separado de los otros dos que se presentan enlazados (las dos mujeres cogidas de la mano); y si reparamos en el aspecto externo de los retratados, también hay dos

conjuntos, determinados por unos uniformados, las mujeres del primer plano y las hileras de público que construyen el “fondo”.

La experiencia del doble es del orden de la aparición inesperada de la repetición, y del impacto así lo sitúa Freud en *Lo ominoso*¹, en 1919 . La psiquiatría fenomenológica clásica va ubicando el fenómeno en los llamados *delirios de falsa identificación*, describiendo distintas modalidades de esta presentación. Citamos algunas, las que podemos relacionar con lo descrito: Pick, en 1903, habla de *fenómenos de paramnesia reduplicativa*, que consiste en experimentarse en dos lugares a un tiempo. En 1923, Capgras nombra como *ilusión de sosias* la vivencia doble o múltiple de una persona conocida; en 1927, Ey establece *los fenómenos de autoescopía* para denominar la experiencia de la persona que se ve a sí misma desdoblada; en 1932, Courbon y Tusquets nombra la experiencia del intercambio de identidad como *intermetamorfosis*, y también en 1932, al margen de la fenomenología, Lacan² sostiene, que el objeto odiado y agredido por Aimée (caso que ilustra su tesis doctoral) es su propio ideal, re-presentado en la actriz que apuñala.

¹ Freud, S. “Das Unheimliche”(Lo ominoso), O. C., V. XVII, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

² Lacan, J. *De la De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, S. XXI, México, 1976.
